

ALFAGUARA



John Banville

Antigua luz

Traducción de Damià Alou

Billy Gray era mi mejor amigo y me enamoré de su madre. Puede que amor sea una palabra demasiado fuerte, pero no conozco ninguna más suave que pueda aplicarse. Todo esto ocurrió hace medio siglo. Yo tenía quince años y la señora Gray treinta y cinco. Estas cosas son fáciles de decir, pues las palabras no sienten vergüenza y nunca se sorprenden. Puede que la señora Gray todavía viva. Ahora tendría, ¿cuántos, ochenta y tres, ochenta y cuatro? Tampoco es muy mayor, para estos tiempos. ¿Y si emprendiera su búsqueda? Sería toda una aventura. Me gustaría volver a enamorarme, me gustaría volver a enamorarme, sólo una vez más. Podríamos seguir un tratamiento de glándulas de mono, ella y yo, y volver a ser como hace cincuenta años, entregados a nuestros éxtasis. Me pregunto cómo le irá, suponiendo que siga en este mundo. En aquella época era tan desdichada, y debe de haber sido tan desdichada, a pesar de su valerosa e inquebrantable jovialidad, y de verdad es pero que las cosas le fueran mejor.

¿Qué recuerdo de ella ahora, en estos días suaves y pálidos en que caduca el año? Imágenes del pasado remoto se agolpan en mi cabeza, y la mitad de las veces soy incapaz de distinguir si son recuerdos o invenciones. Tampoco es que haya mucha diferencia, si es que hay alguna. Hay quien afirma que, sin darnos cuenta, nos lo vamos inventando todo, adornándolo y embelleciéndolo, y me inclino a creerlo, pues Madame Memoria es una gran y sutil fingidora. Los pecios que elijo salvar del naufragio general —¿y qué es la vida, sino un naufragio gradual?— a veces asumen un aspecto de inevitabilidad cuando los

exhibo en sus vitrinas, pero son azarosos; quizá representativos, quizá de manera convincente, pero sin embargo azarosos.

Para mí hay dos manifestaciones iniciales perfectamente definidas de la señora Gray, separadas por los años. Puede que la primera mujer no fuera ella en absoluto, tal vez sólo un presagio, por así decir, pero me complace pensar que las dos eran una. Abril, por supuesto. ¿Recordáis cómo era abril cuando éramos jóvenes, esa sensación de líquida impetuosidad y el viento extrayendo cucharadas azules del aire y los pájaros fuera de sí en los árboles que ya habían echado brotes? Yo tenía diez u once años. Había cruzado la verja de la iglesia de la Virgen Inmaculada, la cabeza gacha como siempre —Lydia dice que camino como un penitente permanente—, y el primer presagio que tuve de la mujer que iba en bicicleta fue el silbido de los neumáticos, un sonido que cuando era chaval me parecía excitantemente erótico, y la cosa no ha cambiado, no sé por qué. La iglesia se hallaba en una cuesta, y cuando levanté la vista y la vi acercarse con el campanario proyectándose a su espalda tuve la emocionante sensación de que había caído en picado del cielo en ese mismo momento, y que lo que había oído no era el sonido de los neumáticos sobre el asfalto, sino unas alas veloces batiendo el aire. La tenía casi encima, bajaba la cuesta en punto muerto, se reclinaba hacia atrás, relajada y guiando con una sola mano. Llevaba un impermeable de gabardina, y los faldones aleteaban detrás de ella a izquierda y derecha, sí, como alas, y también llevaba un suéter azul sobre una blusa de cuello blanco. ¡Con qué claridad la veo! Me la debo de estar inventando, quiero decir que debo de estar inventándome estos detalles. La falda era ancha y suelta, y de repente el viento primaveral la levantó, dejándola desnuda de cintura para abajo. Ah, sí.

Hoy en día se nos asegura que apenas hay una mínima diferencia en la manera en que los dos sexos experi-

mentamos el mundo, pero ninguna mujer, y estoy dispuesto a apostar, ha conocido jamás la sufusión de secreto deleite que inunda las venas de un varón de cualquier edad, desde que da sus primeros pasos hasta que es nonagenario, ante el espectáculo de las partes pudendas femeninas, tal como se les solía llamar de manera pintoresca, expuestas de modo accidental, es decir, fortuito, repentinamente a la vista de todos. Contrariamente, e imagino que para decepción de lo que suponen las mujeres, no es el atisbo de la carne lo que hace que los hombres nos quedemos clavados en el suelo, se nos seque la boca y nos salgan los ojos de las órbitas, sino el atisbo de esas escasas prendas que suponen la última barrera entre la desnudez de una mujer y nuestra mirada embobada y fija. No tiene sentido, lo sé, pero si en una abarrotada playa en un día de verano, los trajes de baño de las mujeres, mediante alguna brujería secreta, se transformaran en ropa interior, todos los varones presentes, los chavales desnudos con sus panzas y penes a la vista, los socorristas apoltronados y cubiertos de músculos, incluso los maridos calzonazos de pantalones arremangados y pañuelo de cuatro nudos en la cabeza, todos, digo, se transformarían en ese instante y aparecería una horda de sátiros de ojos inyectados en sangre y que aúllan dispuestos a la rapiña.

Pienso sobre todo en esos días de antaño cuando yo era joven y las mujeres, bajo sus vestidos —¿y cuál no llevaba entonces vestido, si exceptuamos alguna muchacha que jugaba al golf o alguna estrella de cine aguafiestas que aparecía con unos pantalones de raya perfecta?—, parecían haber sido equipadas por un fabricante de telas de barco, con todo tipo y formas de jarcias y juanetes, foques y cangrejas, arrufaduras y estayes. Mi Dama de la Bicicleta, en aquel momento, con sus tensas ligas y bragas de un satén perlado, tenía todo el brío y la gracia de una esbelta goleta que navega sin temor en medio de un fuerte cauro. Parecía tan asombrada como yo por lo que el viento le es-

taba haciendo a su recato. Bajó la vista a sí misma y a continuación me miró y enarcó las cejas y formó una O con la boca, y emitió una gorgoteante risa y se alisó la falda sobre las rodillas con un gesto despreocupado del dorso de su mano libre y pasó alegremente a mi lado. Me pareció haber visto a una diosa, pero cuando me volví hacia ella no era más que una mujer rebotando sobre una gran bicicleta negra, una mujer con aquellos alerones o charreteras en los hombros de su abrigo que por entonces estaban de moda, y unas costuras torcidas en las medias de nailon, y el pelo cortado como si fuera un seto, igual como lo llevaba mi madre. Aflojó la marcha con prudencia al llegar a la verja de la iglesia, la rueda delantera le bailó y con el timbre emitió un gorjeo antes de girar a la izquierda para coger la calle de la Iglesia.

No la conocía, no la había visto antes, que yo supiera, aunque por entonces habría dicho que había visto a todas las personas que vivían en nuestro pequeño y apiñado pueblo al menos una vez. Y de hecho, ¿volví a verla? ¿Es posible que ella fuera realmente la señora Gray, la misma que cuatro o cinco años después irrumpiría de manera tan trascendental en mi vida? No puedo evocar los rasgos de la mujer que iba en bici con la suficiente claridad como para afirmar con total certeza si fue una primera visión de mi Venus Doméstica, aunque me aferro a la posibilidad con nostálgica insistencia.

Lo que me afectó tanto de ese encuentro en la iglesia, aparte de la pura excitación, fue el que se me hubiera otorgado la posibilidad de echarle un vistazo al mundo de la feminidad propiamente dicha, que se me hubiera permitido acceder, aunque fuera durante uno o dos segundos, al gran secreto. Lo que me emocionaba y fascinaba no era sólo la visión de las piernas bien torneadas de la mujer y de sus prendas interiores fascinantemente complejas, sino la manera sencilla, divertida y generosa en que ella me había mirado, emitiendo esa risa gutural, y el revés desprecu-

pado y lleno de gracia con que había sometido su falda hinchada. Quizá por eso se me ha fusionado en la mente con la señora Gray, por eso ella y la señora Gray son para mí las dos caras de la misma valiosísima moneda, pues la elegancia y la generosidad fueron las cosas que valoré, o debería haber valorado, en la primera y, pienso a veces de manera desleal —lo siento, Lydia—, única pasión verdadera de mi vida. La amabilidad, o lo que se solía denominar cariñosa amabilidad, era la marca de agua perceptible en cada uno de los gestos que la señora Gray me dirigía. Creo que no estoy siendo muy tierno. No la merecía, ahora lo sé, pero ¿cómo podía haberlo sabido entonces, siendo apenas un muchacho inmaduro e inexperto? Todavía no he acabado de escribir estas palabras y ya oigo el quejido de comadreja que hay en ellas, el lloriqueante intento de exculparme. La verdad es que no la amé lo bastante, y me refiero a que no la amé como debiera haberlo hecho, joven como era, y creo que eso la hizo sufrir, y esto es todo lo que tengo que decir sobre el tema, aunque estoy seguro de que eso no impedirá que diga mucho más.

Se llamaba Celia. Celia Gray. Es una combinación que no suena muy bien, ¿verdad? En mi opinión, los nombres de las mujeres casadas nunca suenan bien. ¿Es porque todas se casan con los hombres equivocados, o, en cualquier caso, con los apellidos equivocados? *Celia* y *Gray* forman una pareja demasiado lánguida, un lento siseo seguido por un golpe sordo, la dura *g* de Gray no es lo bastante dura ni de lejos. Ella no era lánguida, desde luego. Si digo que era pechugona, esa hermosa y antigua palabra quedará mal interpretada, se le concederá demasiado peso, de manera literal y figurada. No creo que fuera hermosa, al menos no de manera convencional, aunque imagino que un muchacho de quince años tampoco podía esperar que le concedieran la manzana dorada; no pensaba en ella como una mujer hermosa, ni tampoco lo contrario; me temo que, después de que el lustre inicial perdiera brillo,

dejé de pensar en si era hermosa o no y, con gratitud, la acepté tal como era.

Un recuerdo de ella, una imagen repentina aparecida de manera espontánea, fue lo que me hizo emprender trastabillando el vericuetos de la Memoria. Algo que llevaba, llamado media combinación, creo —sí, de nuevo prendas interiores—, una especie de falda resbaladiza de color salmón, de seda o nailon, que cuando se la quitaba dejaba un verdugón de color rosa allí donde la tira elástica había presionado la carne plateada y flexible de su vientre y costado, y, aunque menos discernible, también en la espalda, por encima de su culo maravillosamente túrgido, con sus dos profundos hoyuelos y esos dos trozos de carne gemelos y un tanto rasposos de debajo, allí donde se sentaba. Ese círculo rosado que rodeaba su cintura me excitaba muchísimo, pues sugería un tierno castigo, un exquisito sufrimiento —yo pensaba en el harén, sin duda, de huríes marcadas y cosas así—, y me echaba con la mejilla reposando en su cintura y poco a poco, con el dedo, recorría aquella arruga, y mi respiración agitaba los relucientes pelos oscuros que había en la base de su vientre y en mi oído resonaban los tins y plofs de sus tripas en su incesante labor de transubstanciación. La piel siempre estaba más caliente en esa senda estrecha e irregular dejada por la tira elástica, en cuya superficie la sangre se agolpaba de manera protectora. También sospecho que saboreaba la blasfema insinuación de corona de espinas que era aquello. Pues lo que hacíamos juntos siempre estaba dominado por una leve, muy leve, y enfermiza religiosidad.

*

Hago una pausa para dejar constancia, o al menos mencionar, un sueño que tuve ayer por la noche, en el que mi esposa me abandonaba por otra mujer. No sé qué podría significar, si es que significa algo, pero desde luego me ha dejado huella. Como en todos los sueños, la gente

que aparecía en éste era evidentemente ella misma y al mismo tiempo no lo era; a mi mujer, por mencionar al actor principal, se la veía bajita, rubia y mandona. ¿Cómo sabía yo que era ella, teniendo en cuenta lo poco que se parecía a la real? Tampoco yo era exactamente yo mismo, sino un tipo corpulento y pesado, de mirada triste, movimientos lentos, una especie de morsa vieja, pongamos, o algún otro torpón y suave mamífero marino; sentía la espalda curva, correosa y gris, y desaparecía detrás de una roca. Y ahí estábamos los dos, ajenos el uno al otro, ella no era ella y yo no era yo.

Mi mujer no alberga inclinaciones sáficas, que yo sepa —aunque, ¿qué sé en realidad?—, pero en el sueño era jovial y enérgicamente hombruna. El objeto de sus afectos era una extraña criaturita parecida a un hombre, de finas patillas y un leve bigote, sin caderas, un doble, ahora que lo pienso, de Edgar Allan Poe. En cuanto al sueño propiamente dicho, no os aburriré, ni a mí, con los detalles. De todos modos, como creo que ya he dicho, no creo que retengamos detalles, y si lo hacemos los corregimos, censuramos y adornamos hasta tal punto que constituyen algo totalmente nuevo, el sueño de un sueño, en el que el original queda transfigurado, al igual que el sueño transfigura la experiencia de estar despierto. Lo cual no me impide atribuir a los sueños todo tipo de implicaciones proféticas y numinosas. Pero seguramente es demasiado tarde para que Lydia me abandone. Todo lo que sé es que esta mañana me desperté antes del amanecer con una opresiva sensación de pérdida y privación, y una tristeza absoluta. Como si algo fuera a suceder.

Creo que estaba un poco enamorado de Billy Gray antes de enamorarme mucho de su madre. Aquí tenemos otra vez esa palabra, enamorarse; qué fácilmente sale de la pluma. Qué raro se me hace pensar así en Billy. Ahora

tendría mi edad. Cosa que tampoco es extraordinaria —entonces era de mi edad—, y sin embargo me resulta desazonador. Tengo la impresión de que de repente he subido un peldaño —¿o lo he bajado?— hacia otra fase del envejecimiento. ¿Lo reconocería si me lo encontrara? ¿Me reconocería él a mí? Se enfadó tanto cuando estalló el escándalo. Estoy seguro de que la vergüenza pública me afectó tanto como a él, o incluso más, diría, pero al mismo tiempo me dejó estupefacto la pasión con la que me rechazó. Después de todo, a mí no me habría importado que se acostara con mi madre, por mucho que cueste imaginarlo; la verdad es que me cuesta imaginar a cualquiera acostándose con mi madre, la pobre y vieja cosilla, que es como pensaba en ella, como pobre, vieja y cosilla. Eso fue seguramente lo que tanto molestó a Billy, el tener que hacer frente al hecho de que su madre era una mujer a la que alguien deseaba, y que ese alguien, además, era yo. Sí, debió de causarle una amplia variedad de sufrimientos imaginarnos a los dos retozando desnudos en brazos del otro sobre aquel repugnante colchón en el suelo de la casa de Cotter. Probablemente él nunca había visto a su madre desnuda o, al menos, no lo recordaba.

Fue Billy el primero que dio con la casa de Cotter, y a menudo me preocupaba que algún día nos encontrara a su madre y a mí haciendo el amor en ella. ¿Sabía su madre que Billy conocía el lugar? No me acuerdo. De saberlo, mi preocupación no habría sido nada comparada con su pavor ante la idea de que su único hijo la descubriera mientras hacía el amor con su mejor amigo en mitad de una antigua mugre, sobre un suelo sucio y cubierto de hojas.

Me acuerdo del primer día que vi la casa. Habíamos estado en el pequeño avellanar a orillas del río, Billy y yo, y él me había llevado hasta una cresta y me había señalado el tejado que asomaba entre las copas de los árboles. Desde la altura en la que nos encontrábamos sólo se divisaba el tejado, y al principio no lo distinguía, pues las

tejas estaban cubiertas de un musgo tan verde como el follaje que las rodeaba. Por eso debía de haber permanecido oculta durante tanto tiempo, y por eso, poco después, sería un lugar de encuentro tan seguro para la señora Gray y para mí. Mi deseo fue bajar y entrar enseguida —pues después de todo éramos chicos, y lo bastante jóvenes para ir siempre en busca de cualquier cosa que pudiéramos denominar un local para montar un club—, pero Billy se mostraba reacio, algo extraño, me pareció, puesto que él había descubierto el lugar y había estado dentro, o eso decía. Creo que la casa le daba un poco de miedo; quizá tuvo una premonición, o la creyó encantada, como estaría pronto, de hecho, pero no por fantasmas, sino por Lady Venus y su muchacho retozón.

Es curioso, pero aquel día veo nuestros bolsillos llenos de avellanas que habíamos recogido en el bosque, y el suelo que nos rodeaba estaba cubierto del oro batido de las hojas caídas, aunque era abril, tenía que ser abril, las hojas verdes y todavía en los árboles, y las avellanas aún sin formar. Y por mucho que lo intento, sin embargo, no veo ninguna primavera, sino el otoño. Supongo que entonces nos marchamos, los dos, a través de las hojas verdes y no doradas, con los bolsillos no llenos de avellanas, y volvimos a casa sin alterar la paz de la cabaña de Cotter. De todos modos, algo me había llamado la atención al contemplar el tejado que se combaba entre los árboles, y al día siguiente regresé, impulsado por el amor, imperioso y siempre práctico, y descubrí que aquella casa en ruinas era justo el lugar que la señora Gray y yo necesitábamos para cobijarnos. Pues sí, en aquella época ya éramos íntimos, por expresarlo de una manera delicada.

Billy era de un carácter tan dulce que lo hacía muy atractivo. Tenía unos rasgos hermosos, aunque no muy buena piel, con marcas, igual que la de su madre, me temo, y era propenso a los granos. También tenía los ojos de su madre, de un líquido tono terroso, y las pestañas maravi-

llosamente largas y finas, cada una nítidamente dibujada, de manera que me recordaban, o me recuerdan ahora, ese pincel especial que utilizan los miniaturistas, ese único filamento de pelo de marta. Tenía un curioso caminar patizambo, acompañado de un balanceo, y meneaba los brazos formando un círculo, con lo que parecía estar recogiendo gavillas invisibles de algo que brotaba del aire a medida que avanzaba. Aquel verano me había regalado un juego de manicura dentro de una elegante funda de piel de cerdo; sí, un juego de manicura, con sus tijeritas, y cortaúñas, y lima, y un lustroso palito de marfil, que en un extremo tenía la forma de una cucharilla diminuta y aplastada, que mi madre examinó con recelo y declaró que o bien era un modelador de cutículas —¿un *modelador de cutículas?*—, o, más prosaicamente, un instrumento para extraer la suciedad de debajo de las uñas. Aquel regalo de chica me dejó desconcertado, y lo acepté complacido, aunque receloso. No se me había ocurrido regalarle nada; no me había parecido que esperara ningún regalo mío, ni que le importara que no se lo hiciera.

Ahora, de repente, me pregunto si fue su madre quien compró el juego de manicura para que él me lo regalara, un regalo secreto y remiso, entregado por una tercera persona, que ella pensaba que yo adivinaría que era cosa suya. Eso ocurrió algunos meses antes de que ella y yo nos hiciéramos —¡va, dilo de una vez, por amor de Dios!—, antes de que nos hiciéramos amantes. Ella me conocía, desde luego, pues durante aquel invierno yo había ido a buscar a Billy casi cada día de camino a la escuela. ¿Acaso le parecía la clase de muchacho que consideraría un juego de manicura un buen regalo de Navidad? La atención que prestaba Billy a su higiene personal era bastante menos que concienzuda. Se bañaba incluso menos que el resto de nosotros, y de ello era prueba ese tufillo corporal marronoso que desprendía de vez en cuando; también los poros de las ranuras que había junto a sus fosas nasales tenían unas obstrucciones

negras, y con un temblor que era a la vez de goce y repugnancia me imaginaba que los extraía utilizando mis pulgares como pinzas, después de lo cual sin duda habría necesitado esa elegante gubia de marfil. Llevaba un suéter con agujeros, y los cuellos de sus camisas nunca parecían limpios. Poseía una escopeta de aire comprimido con la que disparaba a las ranas. Era de verdad mi mejor amigo, y yo lo quería, de una manera u otra. Nuestra amistad quedó sellada una tarde de invierno mientras compartíamos un cigarrillo clandestino en el asiento trasero del coche familiar que estaba aparcado delante de su casa —se trata de un vehículo que dentro de poco llegaremos a conocer muy bien— y me confió que su nombre no era William, tal como hacía creer a todo el mundo, sino Wilfred, y que además su segundo nombre era Florence, por su difunto tío Flor. ¡Wilfred! ¡Florence! Mantuve el secreto, eso sí lo puedo decir a mi favor, aunque no es gran cosa, lo sé. Pero ah, cómo lloró, de dolor, rabia y humillación, el día en que nos vimos después de haber averiguado lo de su madre y yo; cómo lloró, y yo fui la causa primordial de sus lágrimas de amargura.

No me acuerdo de la primera vez que vi a la señora Gray, si es que no fue la mujer de la bici, claro. No nos fijábamos mucho en las madres; en los hermanos, sí, también en las hermanas, pero no en las madres. Eran personajes difuminados, carentes de forma y sexo, poco más que un delantal y una mata de pelo despeinado y un leve aroma a sudor. Siempre estaban un tanto ocupadas en un segundo plano, haciendo cosas con moldes de repostería o calcetines. Debo de haber estado cerca de la señora Gray en numerosas ocasiones antes de verla como algo concreto y definido. De manera confusa, poseo un falso recuerdo de ella, en invierno, aplicando polvos de talco a las partes interiores y relucientemente sonrosadas de mis muslos, que se habían irritado por el roce de los pantalones; algo muy poco probable, pues, dejando aparte otras consideraciones, en aquella ocasión llevaba unos pantalones cortos,

cosa bastante impensable si tenía ya quince años, pues todos deseábamos llevar pantalones largos a los once, o a los doce, como muy tarde. Entonces ¿de quién era madre esa mujer, me pregunto, la que me aplicaba polvos de talco, y qué oportunidad para una iniciación todavía más precoz dejé pasar, quizá?

De todos modos, no se dio ningún momento de cegadora iluminación cuando la señora Gray se apartó de las labores y ataduras de la vida doméstica y se deslizó hacia mí dentro de su media concha, transportada por los carrillos hinchados de los céfiros de la primavera. Incluso cuando llevábamos ya un tiempo acostándonos juntos me habría resultado difícil describirla de manera detallada. De haberlo intentado, lo que habría ofrecido habría sido una versión de mí mismo, pues cuando la miraba era yo a quien veía primero, reflejado en el esplendoroso espejo en que la convertía.

Billy nunca me había hablado de ella —¿por qué iba a hacerlo?— y durante mucho tiempo no pareció prestarle más atención que yo. Era un tardón, y, por regla general, las mañanas en que iba a buscarlo para ir a la escuela no estaba preparado, y me invitaban a entrar, sobre todo si llovía o helaba. No era él quien me invitaba —¿recuerdas ese rubor de furia callada y tremenda vergüenza que experimentábamos cuando nuestros amigos nos pillaban in fraganti en el seno desnudo de nuestras familias?—, así que debía de ser ella. Y sin embargo no recuerdo ni una sola vez en que ella apareciera en la puerta de la casa, cubierta con el delantal, arremangada, insistiéndome en que entrara y me sumara al círculo familiar durante el desayuno. Puedo ver la mesa, no obstante, y la cocina que ocupaba casi por completo, y el gran frigorífico estilo americano del color y la textura de la leche cuajada, el cesto de paja de la ropa sucia sobre el escurridor, el calendario de la tienda de comestibles que mostraba un mes en el que no estábamos, y esa tostadora cromada y achaparrada en la

que se reflejaba el hirviente resplandor del sol procedente de la ventana.

Oh, el olor matinal de las cocinas de los demás, la calidez como de algodón, el sonido metálico y las prisas, todos medio dormidos y enfadados. La novedad y extrañeza de la vida nunca parecían más vivas que en esos momentos de intimidad y desorden hogareño.

Billy tenía una hermana menor que él, una criatura irritante que parecía un elfo, con unas trenzas largas y bastante grasientas y una cara blanca afilada y descarnada cuya mitad superior quedaba desdibujada detrás de unas enormes gafas de montura de concha cuyas lentes circulares eran tan gruesas como una lupa. Al parecer me encontraba irresistiblemente divertido y se retorció con una maligna hilaridad cuando yo aparecía en la cocina con mi cartera, arrastrando los pies como un jorobado. Se llamaba Kitty, y desde luego era un tanto felina* en su manera de entrecerrar los ojos cuando me sonreía, apretando los labios hasta formar un fino marco carente de color que parecía ir de una de sus orejas intrincadamente retorcidas, traslúcidas, prominentes y sonrosadas a la otra. Ahora me pregunto si ella también estaba enamorada de mí, y esas muestras de gracioso desdén eran una manera de ocultarlo. ¿O todo esto no es más que vanidad por mi parte? Después de todo, soy, o era, actor. Algo pasaba con ella, padecía una afección de la que no se hablaba y que la hacía estar, como solía decirse entonces, delicada. Yo la encontraba irritante, y creo que incluso me daba un poco de miedo; si era así, vaya clarividencia la mía.

El señor Gray, padre y marido, era largo y enjuto, y también miope, igual que su hija —curiosamente, era óptico, una circunstancia cuya tremenda ironía no creo que se nos escape a ninguno—, y llevaba pajarita y suéteres Fair Isle sin mangas. Y naturalmente mostraba esos dos

* *Kitty* significa «gatito», «minino». (N. del T.)

asomos de cuernos que le brotaban justo por encima de la línea de pelo, la señal del cornudo, algo que, lamento decir, era obra mía.

¿Era mi pasión por la señora Gray, en sus comienzos, en cualquier caso, algo más que una intensificación de la convicción que todos teníamos a esa edad de que las familias de nuestros amigos eran mucho más simpáticas, amables e interesantes —en una palabra, más deseables— que la nuestra? Al menos Billy tenía una familia, mientras que yo sólo tenía a mi madre viuda, que regentaba una pensión para viajantes de comercio y otros viandantes, que más que alojarse en nuestra casa la rondaban, como fantasmas inquietos. Yo estaba fuera todo el tiempo que podía. La casa de los Gray a menudo se encontraba vacía a última hora de la tarde, y Billy y yo holgazaneábamos por allí durante horas después de las clases. ¿Y los demás, la señora Gray y Kitty, por ejemplo, dónde iban a esas horas? Todavía puedo ver a Billy, con su blazer azul marino y su mugrienta camisa blanca de cuyo cuello acababa de arrancarse con una mano la manchada corbata de la escuela, delante del frigorífico con la puerta abierta, mirando su iluminado interior con unos ojos vidriosos, como si contemplara algo fascinante por televisión. De hecho, había un televisor en la salita de arriba, y a veces subíamos y nos repantigábamos delante con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y los pies apoyados en nuestras carteras, intentando ver las carreras de caballos de la tarde, que ocurrían en lugares de sonido exótico al otro lado del mar, como Epsom, Chepstow o Haydock Park. La recepción era mala, y a menudo todo lo que veíamos eran jinetes fantasma a horcajadas sobre sus monturas fantasma, avanzando a ciegas a través de una ventisca de interferencia estática.

En la absoluta ociosidad de una de esas tardes, Billy fue a buscar la llave del mueble bar —sí, los Gray poseían un mueble tan exótico, pues eran de las personas

más acomodadas de nuestro pueblo, aunque dudo que en aquella casa nadie llegara a beberse un cóctel— y dimos cuenta de la valiosísima botella de whisky de doce años de su padre. De pie junto a la ventana, con un vaso de cristal tallado en la mano, mi colega y yo nos sentíamos como un par de calaveras del Período Regencia mirando desdeñosos el mundo sobrio y soso que había a nuestros pies. Era mi primera copa de whisky y, aunque nunca llegaría a aficionarme, el solemne y amargo hedor de la bebida y su manera de quemarme la lengua me parecieron presagios del futuro, una promesa de todas las abundantes aventuras que seguramente la vida iba a depararme. En la placita que había delante de la casa, el pálido sol de principios de primavera doraba los cerezos y hacía brillar las negras y artríticas puntas de sus ramas, y el viejo Busher, el ropavejero, pasaba con su carrito en un rechinar de ruedas, mientras una motacila se apartaba del camino de las deshilachadas pezuñas de su caballo, y al presenciar todas aquellas cosas sentí el dolor dulce y agudo de la nostalgia, sin objeto pero definida, como el dolor fantasma de un miembro amputado. ¿Vi, o intuí, ya entonces, en la lejanía del túnel del tiempo, diminuta en la distancia pero cobrando sustancia lentamente, la figura de mi futuro amor, la castellana de la Casa de los Gray, que ya había iniciado su singular coqueteo conmigo?

¿Cómo solía llamarla, cuando me dirigía a ella? No recuerdo haberla llamado por su nombre nunca, aunque debería haberlo hecho. Su marido a veces la llamaba Lily, pero no creo que yo le aplicara ningún apelativo ni apodo cariñoso. Albergo la sospecha, que no hay que rechazar, de que en más de una ocasión, en los espasmos de la pasión, llegué a gritar la palabra *¡Madre!* Dios mío. ¿Cómo debo interpretarlo? Espero que no como algunos me dirán que lo haga.

Billy se llevó la botella de whisky al cuarto de baño y rellenó el revelador descenso de nivel con agua del grifo, y yo sequé y lustré los vasos lo mejor que pude con mi

pañuelo y los devolví a su lugar, en el estante del mueble bar. Compinches en el delito, Billy y yo de pronto nos sentimos recelosos el uno del otro, y yo cogí mi cartera apresuradamente y me marché, dejando a mi amigo desparramado en el sofá otra vez, contemplando las incontemplables carreras que resonaban a través de la nieve estática.

Me gustaría poder decir que fue ese día, porque lo recuerdo de manera tan concreta, el primero en que me encontré cara a cara con la señora Gray, la primera vez de verdad, en la puerta de su casa, quizá, entrando mientras yo salía, ella con la cara enrojecida a causa del frío cortante del exterior y yo aún con un cosquilleo en los nervios a causa del whisky; un roce fortuito de su mano, una mirada sorprendida y demorada; un nudo en la garganta; un leve brinco del corazón. Pero no, el vestíbulo estaba vacío y sólo se veía la bicicleta de Billy y un solitario patín que debía de ser de Kitty, y no me topé con nadie en la puerta, nadie en absoluto. Cuando pisé la acera, ésta me pareció más lejana de la cabeza de lo que debería, y con tendencia a inclinarse, como si fuera sobre unos zancos y los zancos poseyeran unos muelles blandos a cada extremo: en resumen, estaba borracho, no demasiado, pero borracho de todos modos. Así pues, fue una suerte que no me encontrara con la señora Gray en tal estado de euforia etílica, pues no hay manera de saber lo que podría haber hecho, si lo hubiera echado todo a perder antes incluso de que comenzara.

¡Y fijaos! En la plaza, cuando salgo, es, de manera imposible, otra vez otoño, no primavera, y la luz del sol se ha suavizado y las hojas del cerezo son de color herrumbre y Busher el ropavejero ha muerto. ¿Por qué las estaciones son tan insistentes, por qué se me resisten de este modo? ¿Por qué la Madre de las Musas sigue despistándome así, dándome lo que parecen pistas falsas, soplándome mentiras al oído?

Mi esposa acababa de subir hasta el nido que tengo debajo del tejado, sorteando a regañadientes la empinada y traidora escalera del desván, que tanto detesta, para decirme que habían llamado por teléfono preguntando por mí. Al principio, cuando asomó su cabeza por la puerta baja —con qué rapidez rodeé esta página con un brazo protector, como un escolar al que pillan garabateando guarradas—, apenas comprendí lo que me estaba diciendo. Debía de estar muy concentrado, inmerso en el mundo perdido del pasado. Generalmente oigo sonar el teléfono de la sala de estar, un sonido remoto extrañamente quejumbroso que sacude mi corazón de angustia, al igual que me ocurría hace mucho tiempo cuando mi hija era un bebé y su llanto me despertaba en la noche.

La persona que había llamado, dijo Lydia, era una mujer cuyo nombre no había entendido, aunque era inconfundiblemente norteamericana. Esperé. Ahora Lydia miraba soñadora detrás de mí, a través de la ventana inclinada que hay delante de mi escritorio, en dirección a las montañas que hay a lo lejos, de un azul pálido y planas, como si hubieran estado pintadas en el cielo con una suave aguada color lavanda; uno de los encantos de nuestra ciudad es que hay pocos lugares desde los que no sean visibles estas suaves y, pienso siempre, virginales colinas, si estás dispuesto a alargar el cuello. ¿De qué había querido hablar conmigo esa mujer que había telefoneado, pregunté en tono amable? Con esfuerzo, Lydia apartó la mirada de la ventana. De una película, dijo, una película en la que al parecer me ofrecen el papel protagonista.

Sobre el autor

John Banville nació en Wexford, Irlanda, en 1945. Ha trabajado como editor de *The Irish Times* y es habitual colaborador de *The New York Review of Books*. Fue finalista del Premio Booker con *El libro de las pruebas* (1989), premio que obtuvo en 2005 con la novela *El Mar*, consagrada además por el Irish Book Award como mejor novela del año. Entre sus novelas destacan también *El Intocable*, *Eclipse*, *Imposturas* y *Los infinitos*. En 2011 recibió el prestigioso Premio Franz Kafka, considerado por muchos como la antesala del Premio Nobel, y en 2012 el escritor Javier Marías lo nombró duque del Reino de Redonda, un reconocimiento personal a sus escritores admirados. Bajo el seudónimo de Benjamin Black, ha publicado en Alfaguara, con gran éxito de público y de crítica, *El lémur* (2009) y la serie de novela negra protagonizada por Quirke —*El secreto de Christine* (2007), *El otro nombre de Laura* (2008), *En busca de April* (2011), elegida como una de las mejores novelas del año por *Qué leer*, y *Muerte en verano* (2012)— que próximamente será llevada a la televisión por la BBC británica. *Antigua luz* es su última y esperada novela.